

para que nos persuadámos de que en la mesa no debe proferirse jamás ni una sola palabra de que no pueda imponerse todo el mundo.

50.—Cuando tengamos un motivo interior de tristeza, sobrepongámonos á él en la mesa hasta aparecer por lo menos atentos y afables; pues no es justo ni delicado que vayamos en tales momentos á turbar el placer de los demás, con el aspecto y los movimientos siempre desagradables y aun mortificantes del dolor y la melancolía.

51.—Es una imperdonable grosería el separar del pan parte de su miga, para traerla entre las manos y jugar con ella. Respecto de llegar en esto hasta formar pelotillas y arrojarlas á las personas ó hacia cualquiera otro objeto, este es un acto tal, que no se concibe pueda verse jamás ni entre personas de la más descuidada educación.

52.—Jamás nos enjuaguemos la boca en la mesa, ni donde podamos ser observados en este acto por alguna de las personas de quienes estemos acompañados. El hacer esto con el licor ó el agua que se tiene ya en la boca para beber, es un acto extraordinariamente grosero.

ARTÍCULO XI

CÓMO SE HA DE PORTAR EL SEMINARISTA EN EL SEMINARIO, SEGÚN EL V. CLARET

I

Como los seminaristas unos son internos y otros externos, todos y cada uno de ellos en particular deben guardar estos documentos de urbanidad y buena crianza: ¡Oh seminarista amado! con el juicio y compostura que debes manifestar en todas partes, te has de conducir principalmente en el Seminario. No entres en él, y menos en el aula, gritando, corriendo, y agolpándote con tus condiscípulos: lo mismo has de evitar al tiempo de salir de la clase y del establecimiento. Cuando estás en él, aunque fuera de la

clase, no alborotes ni perturbes el orden con voces y carreras, ni con juegos ruidosos con tus compañeros, persuáñdote bien de que los que así se portan son jóvenes sin educación, sin crianza, y que como tales pasan por unos salvajes.

Mas tú apartate de ellos, míralos con horror; pórtate con modestia, no respondas mal, no mortifiques, ni hagas burla, ni pongas apodos á los dependientes del establecimiento, como tampoco á tus condiscípulos.

Guarda silencio y la mayor compostura dentro de la clase: no te recuestes en el asiento, ni pongas una rodilla sobre otra, ni un pie sobre otro, ni saques ningún papel ni enredo para jugar con él.

Nunca tomes la palabra en la clase si el profesor no te pregunta: si tienes algo que preguntar lo harás en la hora correspondiente.

Nunca disputes con el profesor, cuando te reprenda. Calla y enmiéndate.

Honra siempre á tus catedráticos, encubriendo sus defectos, si es que los tengan, y apartate de aquellos que se burian ó murmuran de ellos: mira á tus maestros como á unos segundos padres: á tus padres les debes la existencia, y á tus maestros la instrucción, que es una perfección de aquella. Si eres seminarista interno debes además ser puntual en todos los actos de comunidad, guardando el reglamento, dando buen ejemplo á los demás con tu aplicación, silencio y devoción. Respetando y obediendo á todos los superiores, sin murmurar de ellos ni de sus disposiciones.

Con los demás seminaristas te portarás con caridad, afabilidad y finura: nunca tratarás de tú á ningún seminarista, aunque sea él más joven y último entrado, sino á todos de V., aún á los criados y dependientes del Seminario.

II

CÓMO SE HAN DE TRATAR LOS PADRES, SEGÚN EL V. CLARET

Obedece siempre á tus padres en todo aquello que no sea malo. Imita al niño Jesús que estaba sujeto á María Santísima, su Madre, y San José que le representaba padre, y no sólo cuando niño, sino también toda su vida; Él asistió á San José en toda su larga enfermedad, y le cuidó muy bien hasta que por último murió. Él cuidó de su Madre, y al morir desde la cruz la encomendó á San Juan. ¡Oh clérigo amado! obedece á tus padres en lo que debes con presteza, con agrado y de buena voluntad, sin murmurar ni poner mala cara, aunque te manden lo que no te gusta; haciéndote cargo que están en lugar de Dios, que te han dado el ser y que se han desvelado por tu bien.

Nunca te sientes delante de tus padres, si no te lo mandan. Cuando estés sentado no te recuestes, ni te rasques ni escupas, ni bosteces, ni te espereces, sino que estarás muy modesto y circunspecto.

No tomes parte, por tu sola voluntad, en sus conversaciones, y jamás les interrumpas cuando están hablando. Si están con gente de fuera de casa, no te presentes si no te llaman, y si estás allí cuando entran los de fuera, retírate, si no te mandan quedar: en este caso no tomes parte en la conversación, á no ser que te pregunten.

No cuentes fuera de casa lo que hacen tus padres en ella. No les des sentimiento con mala conducta ó con tu desaplicación al estudio.

Jamás les mires con ojos airados, ni de mal gesto, aunque te reprendan ó castiguen, ni les respondas con enfado ó con recia voz. Acompáñales con gusto cuando te lleven consigo fuera de casa. Siempre les darás el tratamiento de V. ó de vos, según la costumbre del país; pero jamás de tú.

Por toda tu vida, aun después de haber salido de la pa-

tria potestad, estás obligado á amar y respetar á tus padres, á defender, cuando sea necesario, su honra, su persona y sus bienes; á socorrerles si puedes y ellos lo necesitan, pero no puedes enriquecerles con los bienes de la Iglesia que son para los pobres y no para enriquecer parientes. *Ne ditiores fiant*, como dice Benedicto XIV.

Peró cuidado, que por un amor mal entendido á tus padres, faltes á la vocacion y á tus obligaciones, que entonces no serías digno de Dios, como dice Jesucristo en su santo Evangelio.

III

CÓMO SE HAN DE TRATAR LOS MAYORES, SEGÚN EL V. CLARET

Si con toda clase de personas debes mostrar tu buena educación, con mucho mayor motivo debes tenerla con tus superiores, y con los que son mayores que tú en edad, en dignidad y gobierno.

Desembózate y descúbrete para saludarles, y saludales con modestia y respeto. Después de haberles saludado y pasado de su lado te cubrirás. Si te has de detener en su presencia, no te cubras hasta que te lo digan ó manden.

A cada uno darás el tratamiento correspondiente: al Sumo Pontífice dirás: *Santidad*; te hincarás de rodillas y le besarás el pie. Si te pregunta, le responderás: *Si, Santidad, ó no;—ó Santísimo ó Beatísimo Padre*.

Al Rey ó á la Reina dirás: *A los pies de Vuestra Majestad*; y le besarás la mano. Si te pregunta, responderás: *Si, Señor, ó no.—Si, Señora, ó no, Señora*. Si tú has de hablarle dirás: *Vuestra Majestad*. Si el Rey y la Reina están juntos dirás: *A los pies de Vuestras Majestades*.

A uno de los infantes dirás: *A los pies de Vuestra Alteza*; y le besarás la mano. Si te pregunta, le responderás: *Si, Señor,—Si, Señora, ó no*. Si tú has de hablar, dirás: *Vuestra*

Alicia. Si son dos ó más hablarás en plural, v. g. *A los pies de Vuestras Altezas.*

A un Cardenal le dirás, *Eminentísimo Señor*, y le besarás el anillo. Si te pregunta, responderás: *Si, Eminentísimo Señor.* — ó no. Si tú le has de hablar, dirás: *Vuestra Eminencia.*

A un Arzobispo ú Obispo, condecorado con la gran cruz de Carlos III, ó de Isabel la Católica, le dirás: *Excelentísimo Señor*; y le besarás el anillo. Si te pregunta, responderás: *Si, Excelentísimo Señor, ó no.* Si tú has de hablar, le dirás: *Vuecencia* (esta es la expresión que está en uso, que es Vuestra Excelencia sincopado.)

Aunque no sean Obispos, si son condecorados con alguna gran cruz, se les dá este mismo tratamiento.

A un Arzobispo ú Obispo que no es condecorado con alguna gran cruz, le dirás: *Ilustrísimo Señor*, y le besarás el anillo. Si te pregunta, responderás: *Si, Ilustrísimo Señor,* — ó no. Si tú has de hablar, dirás: *Vuestra Ilustrísima.*

A un Vicario general, ó Gobernador eclesiástico, ó á un Gobernador civil, se le dá el tratamiento de *Usta* (V. S.).

A un Sacerdote se le trata de V.

A las personas de muy alta jerarquía no se les pregunta por su salud, ni por las personas de su familia; porque esta pregunta supone familiaridad, y no respeto. No tomes parte en sus conversaciones: si te preguntan, responde; pero no digas más que lo necesario.

† Cuando estés hablando con tus superiores, no fijas la vista en su rostro, los mirarás un poco y luego bajarás tus ojos en señal de respeto, y los tendrás siempre muy modestos, no te mirarás las manos, ni otra cosa.

No juguetees con los dedos, con el sombrero, ni con ninguna otra cosa: estate quieto, con los pies firmes y juntos por manera que estén tobillo con tobillo.

Mientras estarás delante de SS. MM. y AA. siempre habrás de tener el sombrero ó el bonete en la mano, pues que esto indica lo dispuesto y preparado que se halla uno para correr pronto á lo que manden.

IV

CÓMO SE HAN DE TRATAR LOS CRIADOS É INFERIORES

Trata á los criados con caridad, no les hables con altivez ni desprecio: no les insultes, ni les digas palabras injuriosas, ni estés siempre ceñudo y de mal humor con ellos.

No les echés en cara sus defectos, ni les reprendas con acrimonia delante de gente extraña. Cuando tengas que reprenderles, hazlo con moderación, proponiéndote su enmienda, y no avergonzarlos y humillarlos; así lo exige no sólo la educación, sino también la caridad y la Religión. Piensa que quizás más faltas cometes tú en el servicio de Dios, que tu criado en el tuyo. Dios te sufre y disimula, ¿y tú no sufrirás, ni tendrás caridad con tu criado?

Aprecia á los criados buenos y que te sirven bien; pero cuida de familiarizarte demasiado con ellos; por bien que te sirva, si tiene algún mal vicio, corrígelo, y si no se enmienda, despídete: tampoco toleres que anden sucios ni andrajosos: nada de esto te haría honor. Págales religiosamente su salario, y aún sé generoso con ellos, que en esto ganarás mucho.

A los oficiales que hagas trabajar págales con prontitud y fidelidad. *El que dá pronto, dá dos veces.* No hagas desear al pobre el precio de su trabajo, ni se lo escatimes ó regatees mezquinamente.

Procura tener buena opinión, no sólo entre tus iguales y superiores, sino también entre la gente del pueblo, y de seguro la tendrás si á todos tratas con honestidad, agrado y cortesanía.

No imites á aquellos salvajes que siempre andan con ira, gruñendo continuamente y mandando con imperio y con regaños. Tú no lo harás así, mandarás con buen modo y formalidad á tus criados, y á los que no son criados tuyos, aunque inferiores, les dirás con buen modo, v. g.:

Me hará V. el obsequio de... Me hará V. el favor de... Me hará V. la fineza de... Las maneras atentas que prescribe la buena educación obligan de tal manera, que nadie se resiste. Debes saber que con la humildad agradarás á Dios, y con la mansedumbre al prójimo. También recordarás que más moscas se cogen con una gota de miel que con un barril de vinagre, y así has de procurar ser siempre manso y humilde de corazón. Estos documentos de urbanidad siempre te servirán, pero singularmente cuando serás párroco. Dichosa la parroquia que tiene un rector activo, constante y manso.

V

CÓMO SE HAN DE TRATAR LOS EXTRANJEROS, SEGÚN EL
V. CLARET

Como en el día se viaja mucho, á cada momento se ofrecerán ocasiones de tratar con extranjeros, y bueno será que sepas cómo los has de tratar para no incurrir en la fea nota de grosero, no sólo delante de tus compatriotas, sino también delante de los extranjeros, no sea que después lo vayan allá á contar en su país y dejarlo finalmente consignado en los escritos é impresos como aventuras de sus viajes.

Nunca debes mirar á los extranjeros como enemigos, pues todos somos hermanos. Entre los extranjeros los hay buenos y malos, lo mismo que entre los españoles; y así sólo porque es extranjero, nunca debes mirar á nadie con prevención. A todos debes tratar con atención, agrado y finura. Si te piden un favor y tú buenamente lo puedes prestar, no te niegues; pero si no te es posible, diles que sientes no poderles complacer, que no te es posible, etc.; siempre con buen modo, y nunca con enfado ni desprecio.

Sin grande necesidad nunca recuerdes á los extranjeros sucesos ó épocas que les pueden ser desagradables, como,

por ejemplo, si á los franceses les contaras las batallas de Pavía, de San Quintín, de Bailén, etc.

No seas de aquellos que piensan que todo extranjero es un personaje, ó por lo menos un sabio; entre los extranjeros hay de todo, como entre los españoles. Nunca hables mal con los extranjeros de su nación, ni de su gobierno; pero en cambio no toleres que ellos hablen delante de tí mal de nuestra nación, ni de sus leyes, ni de su gobierno, ni de la gente; porque si bien es verdad que como hombres tenemos defectos, pero también hay en España cosas buenas, que la justicia y el amor patrio nos obligan á defender, mayormente cuando algún insolente tiene la audacia de vulnerarlas en nuestro suelo y en nuestra cara; pues que el concederles la proposición sería acreditarnos de débiles y cobardes, y aun de espúreos españoles, de lo que Dios nos libre.

No te rías, si hablando ellos el español lo pronuncian mal; quizás si tú hablastes su idioma no hablarías mejor.

VI

(A).—DE LAS AMISTADES

Es casi una necesidad tener compañeros y amigos; pero cuidado con ellos, porque de aquí depende el bien y el mal. Escrito está: *Si te acompañas con los buenos, serás uno de ellos; pero si te acompañas con perversos, te convertirás.*

Además hay un proverbio que dice: *Dame con quién andas, y te diré quién eres.* Por lo que si no se halla un amigo bueno, mejor es andar solo que mal acompañano.

Mas el que da con un amigo bueno, ha hallado un tesoro. El amigo para ser bueno, además de las simpatías, inclinaciones, etc., debe ser no sólo honesto y religioso, sino también atento y fino en su trato, y así se le pegarán sus buenas cualidades.

El clérigo se guardará mucho de amigos no experimen-

tados; los recibirá no obstante con política, los pagará con cumplidos, pero no con confianzas.

No todo el que se acerca y nos llama amigo, lo es efectivamente; y el que es demasiado crédulo sobre este particular, lo paga caro. Hay una diferencia notable entre compañero y amigo, y son muy raros los compañeros que no siendo verdaderos amigos, dejen de ser enemigos.

Quien tenga un secreto guárdesele, y no lo confíe en un exceso sentimental, ni aun á su amigo, que le será perjudicial si llega á ser su enemigo.

Sea sincero con los amigos, pero con mucha circunspección. Se les debe decir la verdad; pero no toda la verdad.

Prestar al amigo expone á embrollos, no cobrar y hacerse un enemigo. Quien quisiere conservar un amigo, déle la mitad de su haber si es necesario, pero vaya con cuidado en prestar, porque en el día hay mala fe.

Tres cosas se conocen sólo en tres ocasiones: el valor en la batalla, la prudencia en la cólera, y la amistad en la necesidad.

(B).—CUALIDADES DE UN BUEN AMIGO

Nos complacen sobremanera las apreciaciones que, sobre la amistad, hacen los Sres. Carderera y el abate A. Reaume.

«La amistad, dicen aquellos autores, atributo de corazon nobles, es el lazo más dulce que puede unir á los hombres y embellecer su mutuo comercio. Por eso se han escrito sobre ella tan brillantes y sublimes páginas, y en todos tiempos y países se le han tributado numerosos y elocuentes homenajes de respeto. Pero desgraciadamente es una flor, que con dificultad brota sobre nuestro árido suelo, y que *muy raras veces* se desarrolla por completo, según aquello de: «omnis amicus dicit: et ego amicitiam co-

pulavi; sed est amicus solo nomine amicus.» (Eccles. 37). Por eso nos aconseja el Espíritu Santo «amicus unus inter mille.»

Hay en el mundo, para uso de las gentes egoístas, una *amistad convencional* y de meras apariencias, que no es otra que un manto honesto y engañoso, con que se cubren el fraude, la doblez y los sentimientos poco generosos. Es muy elástica y se acomoda y adapta á favorecer toda clase de intereses: «divitiae addunt plurimos amicos... amici sunt dona tributentis.» Esta amistad es amistad de *bolisillo*.

Hay también *sociedad* entre los malos (aunque no amistad pura y verdadera), pues se unen fácilmente contra un enemigo común, mas cuando se separan, lo hacen desgarrándose mutuamente los unos á los otros, injuriándose y maldiciéndose: «Fatuus non erit amicus et non erit gratia bonis illius: qui enim edunt panem illius falsae linguae sunt.» (Ecl. 20). Inter superbos semper jurgia sunt.» (Prov. 13).

Algunos viven también largos años familiarmente sin haber experimentado el más ligero sentimiento de *estimación*. Ligados entre sí por hábito, sufren con la ausencia como se sufre por la privación de una cosa de la cual se ha usado mucho tiempo; pero jamás les ocurre que necesitan la intimidad, el afecto, la tolerancia y el sacrificio para ser más dichosos en su unión.

Otros aman, pero irracionalmente, de una manera efímera é inconstante. Parécense á un manojito de fósforos, que al menor frotamiento se inflaman. A los dos días, quizás á las dos horas de tratar á un desconocido, ya se le declaran íntimos amigos. Tales seres son veleidosos, sin vigor y energía en sus sentimientos, que revolotean sin cesar de un objeto á otro, sin apurar la copa, que la acercan á sus labios.

Hay también amistades *pasionales*, en que prevalecen las pasiones violentas, sin sentimientos dulces racionales y que aspira la virtud. Tales amistades no suelen ser sólidas y de duración.

La amistad casi nunca enlaza las condiciones extremas ó muy apartadas; pero frecuentemente acerca los caracteres más opuestos y las edades más desiguales: S. Gerónimo y Nepociano nos garantizan un notable y sensible ejemplo. (Vide Epist. ad Heliod. y Jac. de Maistre).

Cicerón ha definido así la amistad: «*Omnium divinarum humanarumque rerum cum benevolentia et charitate summa consensio.*»

«No es bueno que el hombre esté solo», dice la Escritura (Gen. 2); por lo tanto, rinde tu corazón á ese sentimiento elevado y santo de la amistad; pero, precisa reprimirlo con vigor, procurando que la razón, la prudencia y tu estado sirvan siempre de guía para elegir el objeto de vuestras afecciones.

Los avaros, los envidiosos, los murmuradores, los rencorosos, los falsos, los pecadores, etc., etc... no sirven para amigos.

«*Noli esse amicus hominis iracundi, neque ambules cum viro furioso*» (Prov. 22).

«*Lingua tertia non habebit amicum, in quo requiescat.*» (Eccl. 28).

«*Non agnoscetur in bonis amicis.*» (Ibid. 12).

No es más que un simulacro de amistad la que no admite la corrección mutua: «*Corripe amicum tuum; saepe enim fit commissio.*» (Eccl. 15).

La amistad ha de tener su fundamento primeramente en la virtud, según Cicerón (De Amicitia): «*Virtus, virtus, C. Janni, et conciliat amicitias et conservat; in ea est enim convenientia rerum, in ea stabilitas, in ea constantia. Quo cum se extulit et ostendit lumen suum, et idem aspexit agnovit in alio, ad id se admoveat, vicissimque accipit illud quod in altero est; eorum exardescit sive amor, sive amicitia, utrumque enim dictum est ad amando: amare autem nihil aliud est, nisi eum ipsum diligere quem ames, nulla indigentia, nulla utilitate quaesita, quo tamen ipsa efflorescit ex amicitia; etiamsi tu eam minus secutus sis.*»

El afecto y el amor, en segundo lugar, constituyen una condición indispensable de la amistad: el amar de corazón al amigo, gozar en sus glorias, no buscar las propias, es cosa exclusiva, pero, rara, de la amistad-verdadera.

«*Omni tempore diligit, qui amicus est.*» (Prov. 17.)

«*Non obliviscaris amici tui in animo tuo.*» (Eccl. 37.)

«*In requie mortui... fac memoriam ejus, et consolare illum in exitu spiritus sui.*» (Ibid. 38.)

«*Ante mortem bene fac amico tuo.*» (Ibid. 14.)

Las condiciones, que exige la amistad para ser verdadera, son las siguientes: 1.ª Discreción; por lo tanto, en las peticiones sed parco; sed generosos con vuestros amigos y recurrid á ellos en las necesidades, pero sólo en las necesidades con prudente reserva. En las correcciones y consejos tened siempre en cuenta que el orgullo y amor propio se lastiman facilísimamente. En las visitas, no molestéis. En las confianzas, tened sí, afecto, y evitad la doblez, pero guardaos siempre de imprudentes franquezas pues éstas resfrían la amistad.

2.ª La condición, que conserva la amistad, es la cortesía y cristiana urbanidad.

3.ª Acaso lo más esencial es la paciencia, la abnegación el sacrificio. Si queremos que se nos trate con mansedumbre, que se nos dispensen nuestros defectos y miserias, y que se olviden nuestros errores, no seamos por nuestra parte duros é implacables con los demás, y excesivamente sensibles á todo lo que contraría nuestros gustos y la predisposición de nuestro ánimo. El amor propio y el egoísmo son la tumba de la amistad. Si no por generosidad de carácter, al menos por el sentimiento de nuestra debilidad, miseria y ceguera, suframos con benevolencia las faltas de los demás; y correspondamos con usura á la bondad con que se nos trata.

4.ª La cuarta condición es la que exige S. Ambrosio (Lib. 3, cap. XV de Officiis): «*Ea enim amicitia probabilis, quae honestatem tuetur, praeferenda sane opibus, honori-*

bus, potestatibus; honestati vero praeferri non solet, sed honestatem sequi». La obligación del amigo es ser benévolo, fiel, veraz y constate: no el ser delincuente. Debe obséquiar, servir y complacer al amigo; pero, sin pasar más allá de lo justo. Todos debieran en estos trances responder á sus amigos como *Pericles*: «Opus est opitulari amicis; sed usque ad Deum».

5.ª Otra ley de la amistad es la que estampa S. Bernardo (Serm. 16 de Diver.): «Haec est enim naturalis societatis, ut omnia quaecumque nobis fieri nolumus, aliis non faciamus, et quae nobis fieri volumus, aliis faciamus». Por esta inteligencia común quedó por proverbio la definición, que del *amigo* hizo Zenon: «Amicus est alter ego». Lo mismo dijo Aristóteles, pues, preguntado cómo debían ser tratados los amigos, respondió que «como deseamos nos traten ellos á nosotros». Por esto dijo Salustio: entre amigos no hay sino un solo querer: «idem velle, atque idem nolle, ea demum anuentia». En todo han de ayudarse; y hasta convenirse, cediendo uno de los dos, aun cuando se encontrasen en las opiniones no oponiéndose ni en cosas leves.

6.ª Ser fieles y veraces en nuestro trato; sin *veracidad* no cabe amistad. Cicerón dijo: Omnium rerum, simulatio est vitiosa: Amicitiae repugnat maxime: deiet enim veritatem, sine qua nomen amicitiae valere non potest. (De Amic.) No hay cosa más repugnante á la amistad que el engaño, la simulación y la doblez.

Pero, ¡ay! ¿dónde existen tales amigos? «Virtum fidelem quis inveniatur? (Prov. 20). Por eso preguntó Jesucristo: ¿quis est fidelis servus?

«Cum *fidei* abrogatione omnis humana societas tollitur», dijo Tito Livio. (Dec. 1. lib. 6).

N. B. Corregir á un amigo es quizás molesto, pero callar ó adularle en el vicio ó defecto es un *crimen*. Por eso, hemos dicho antes que se use de prudencia y discreción para corregir, pues, debemos, si somos verdaderos amigos, proporcionar el bien y evitar el mal al ser, á quien

amamos. En la amistad, si somos prudentes, no cabe molestia: será molestia el desengaño, pero molestia mayor es la lisonja.

«Molesta veritas est, siquidem ex ea nascitur odium, quod est venenum amicitiae, sed obsequium multo molestus, quod peccatis indulgens, praecipitem amicum ferri finit. (Cicero De Amic.)

VII

DE LOS SEMINARISTAS Ó COLEGIALES

ORDEN Y DISTRIBUCIÓN DEL TIEMPO EN QUE HAN DE HACER TODAS SUS COSAS

Conocida ya la vocación de los jóvenes, y admitidos en el Seminario, es indispensable que jamás se olviden del grande objeto á que son llamados y admitidos, que no es otro sino el que se formen virtuosos y sabios, para que con el tiempo sean idóneos ministros del Señor. Este es el fin que siempre deberán tener á la vista; y encargamos con todo el afecto de nuestro corazón que con muchísima frecuencia se pregunte cada uno á sí mismo, sirviéndose de las palabras de San Bernardo: *Bernarde, ad quid venisti? N., ad quid venisti? ¿A qué has venido aquí?*

Para conseguir este grande fin, la primera cosa que se ha de procurar es, que todo esté bien ordenado, y que todo se haga por orden (1). Además se requiere también no perder miserablemente el tiempo.

Tres son los enemigos del tiempo, á saber: la ociosidad, el mal empleo que de él se hace y el tenerlo mal distribuido. Para vencer á estos tres capitales enemigos del tiempo, procurará el seminarista estar siempre útilmente

(1) Omnia... honeste, et secundum ordinem fiant. (I Cor. XIV, 40).

ocupado, y para esto le servirá la distribución del Seminario.

Advertencia 1.ª Cada día tendrá siete horas de descanso (1); por tanto, si en verano madruga más, aquel tiempo lo recuperará en la siesta después de la recreación.

Advertencia 2.ª Como los seminaristas unos son internos y otros externos, los internos guardarán estrictamente esta distribución, y los externos también en cuanto puedan. Procuren á lo menos hacer todas las cosas aquí designadas, y si no pueden en una hora que las hagan en otra, con tal que las hagan; y las harán si se abstienen de juegos, paseos, visitas, conversaciones y otras bagatelas.

VIII

DE LO QUE DEBE HACER EL SEMINARISTA EN LA PRIMERA HORA DEL DÍA

Al levantarse, vestirse y lavarse.

Luego que el seminarista haya oído la hora ó la señal de levantarse, dirá con fervor.

Hoc signum magni Regis est. Surgamus, et offeramus ei aurum, thus, et myrrham: sensus, opera, et corda nostra. Amen (2).

Esta es la señal del grande Rey. Levantémonos y ofrezcámosle oro, incienso y mirra, nuestros sentidos, obras y corazones. Amén.

Se levantará con presteza como el jovencito Samuel (3), venciendo toda pereza (4), se vestirá de modestia, y pensará que el Hijo de Dios vistió el sayal de nuestra naturaleza, haciéndose hombre en las purísimas y virginales en-

(1) Septem horas dormire sat est juvenique senique

(2) Matth. II. 11.—(3) Ecce ego, quia vocasti m. (I Reg. II, 6) — (4) Dice S. Juan Climaco, que por la mañana á la hora de levantarse hay al lado de la cama un demonio para ver si puede coger las primicias del día con un acto de pereza ó sensualidad. ¡Ay, que maldad sería esta! si en lugar de ofrecer á Dios las primicias del día, como las pide, en un acto de obediencia y homenaje, se las dejara llevar de Satánas.

trañas de María Santísima. Mientras se va vistiendo, en acción de gracias por los muchos beneficios que ha recibido rezará el *Te Deum*, la *Lectio lauretana* á la Virgen, ó el salmo LXII, *Deus, Deus meus...*, ó se leerá algún libro en voz alta en la sala dormitorio, como dice San Carlos Borromeo.

Luego se lavará las manos, la cara y la cabeza, y se peinará, sin dejar de lavarse lo bastante en el invierno, y no lavándose demasiado en el verano; entre tanto dirá:

Lavabis me, et super nivem dealbabor (1). *Cor mundum crea in me, Deus: et spiritum rectum innova in visceribus meis* (2).

Señor, Vos me lavaréis con los méritos de vuestra preciosísima sangre, y quedaré más blanco que la nieve. Dios mío, cread en mí un corazón limpio y renovad en mis entrañas el espíritu de rectitud

El seminarista cuidará, sin afectación, de la limpieza y aseo de su persona, vestido, libros, papeles y habitación, recordando siempre que la limpieza y buen orden de las cosas exteriores revelan la limpieza y buen orden de las cosas interiores. Todos los extremos son viciosos: cuando un joven estudiante es descuidado en sus cosas exteriores, es señal que es flojo y desaplicado en la virtud y en las ciencias; y cuando gusta de componerse con afectación, valiéndose además de pomadas, perfumes, etc., revela un corazón afeminado y un espíritu corrompido, y contrario al espíritu de la Iglesia. A este tal no se le debe permitir estar en el Seminario, ni seguir la carrera eclesiástica, porque es y será un lujurioso, y por tanto la confusión y azote de la Iglesia. Hay ciertas pequeñeces en los jóvenes que parecen nada, y sin embargo son evidentes señales que dicen lo que serán con el tiempo; por lo tanto, cuidado, directores.

(1) Psal. 1. 9.—(2) *Ibid.* 12.

IX

MODO DE COMPONER EL APOSENTO

Después de haberse lavado, peinado y vestido decentemente, saldrá el seminarista de su aposento para ir á echar las aguas al lugar destinado, absteniéndose de echarlas por la ventana.

Al volver levantará la cama, plegando bien las sábanas y mantas, de manera que quede la cama bien arreglada. Esto lo hará todos los días por la mañana; y por la tarde allá al anochecer, en el tiempo de descanso, hará la cama del modo debido, para dormir cuando sea llegada la hora. Dos veces cada semana, barrerá el aposento, á saber, el miércoles y el sábado; quitará el polvo de la mesa y demás trastos, y tendrá los libros, papeles y demás todo limpio y en el lugar correspondiente, todo del mejor modo posible.

Mientras que el Seminarista estará haciendo estas cosas, pensará en aquellas palabras que dijo Jesucristo: «Las raposas tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene sobre que reclinar la cabeza» (1). El seminarista que se penetre bien del sentido de estas palabras, será muy humilde, estará contento con su aposento, se confundirá de ver que es mejor tratado que lo era Jesucristo, Rey de cielos y tierra. Recordará también la cueva de Belén que escogió para nacer. ¡Qué pobreza tan grande había en ella! Igualmente recordará la casita de Nazaret; la pobreza y ocupación del niño Jesús en ella; la sujeción y obediencia que tenía á María Santísima y á San José (2); la obediencia, prontitud y humildad con que hacía todas las cosas por sí mismo, sin ayuda de criados. Con este ejemplo de Jesús el seminarista se animará y se tendrá por feliz al ver que en esto

(1) *Vulpes foras habent, et volucres coeli nidus: Filius autem hominis non habet ubi caput reclinet.* (Math. VIII, 2).—(2) *Venit Nazareth, et erat subditus illis.* (Luc. II, 51).

puede imitar al joven Jesús. El seminarista más gustará de servir que de ser servido, como dijo el mismo Señor en otra ocasión: Que había venido, no para ser servido, sino para servir (1). Imitando el seminarista á Jesús, será obediente á su Prelado, al rector, á los catedráticos, al prefecto y á todos los superiores: por lo mismo será aplicado al estudio y á todas las cosas de su obligación.

X

OFRECIMIENTO DE OBRAS

Tomará agua bendita y dirá:

Haec aqua benedicta sit nobis salus et vita. Amen.

Esta agua bendita sea para mí salud y vida. Amen.

Y se signará y santiguará diciendo:

Por la señal de la santa cruz, de nuestros enemigos, libranos, Señor Dios nuestro. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen (2).

Jesús y María, yo os doy el corazón y el alma mía.

Luego se arrodillará y dirá:

Dios y Señor mio, en quien creoy y espero, os adoro y

(1) *Non venit ministrari, sed ministrare, et dare animam suam* (Math. XX, 28)

(2) En el Ordinario y Ceremonial cuando se trata del modo de signarse y santiguarse, se lee: Se signará la frente, boca y pecho. Y para santiguarse se añade: Con la mano derecha extendida formará la señal de la cruz de la frente al pecho, y desde el hombro izquierdo al derecho, tocando con la punta de los dedos en cada una de dichas partes, distribuyendo en ellas las palabras que ha de decir al mismo tiempo, y hará una cruz proporcionada, llevando siempre la mano recta.

Ahora notaremos una cosa en que hemos observado mucha diversidad, y es que algunos, cuando han concluido de formar las cruces en el signarse y santiguarse, se llevan la mano derecha á la boca, y adoran la cruz, que forman con los dos dedos, índice é índice. Otros al concluir las cruces juntan las dos manos formando una cruz con los dos índices, y así arriman las manos sobre el pecho, y con la cabeza hacen inclinación. Así lo practicaba el sumo pontífice Gregorio XVI, como tuvimos lugar de observarlo por los años de 1839 y 40, que nos hallábamos en Roma.

Otros besan la cruz en lugar de arrimarla al pecho, como dice el Ritual: y después juntando las manos, puesto el índice diestro sobre el izquierdo, besará la cruz.

amo con todo mi corazón. Os doy gracias por haberme criado, por haberme redimido, hecho cristiano, y conservado en esta noche. Os ofrezco y consagro á vuestra honra y gloria todos mis pensamientos, palabras, obras y trabajos. Humildemente os pido perdón de todos mis pecados, y me pesa de lo íntimo de mi corazón de haberos ofendido, y por los méritos de Jesucristo y María Santísima os suplico me deis gracia para no ofenderos de nuevo.

En segunda rozará la oración del *Padre nuestro*, *Ave María* y *Credo*, y dirigiéndose á María Santísima, dirá:

¡Oh Virgen y Madre de Dios! Yo me entrego por hijo vuestro, y en honor y gloria de vuestra pureza, os ofrezco mi alma y cuerpo, potencias y sentidos, os suplico me alcancéis la gracia de no cometer jamás pecado alguno. Amen Jesús.

Rojará tres *Ave Marias*.

Rojará también un *Padre nuestro* y *Ave María* á San Miguel y al Ángel custodio.

Otro al Santo de su nombre ó patrón.

Otro á Sto. Tomás de Aquino protector de la juventud estudios.

Finalmente dirá:

Sancta Maria, et omnes Sancti intercedant pro nobis ad Dominum, ut nos mereamur ab eo adjuvari et salvari, qui vivit et regnat in saecula saeculorum. Amen.

Santa María y todos los Santos intercedan por nosotros al Señor, para que seamos ayudados y salvos por Aquel que vive y reina por los siglos de los siglos. Amen.

Advertencia. A fin de que el seminarista se signe y santigüe con más cuidado, fervor y devoción, le debemos decir, que el signarse y santiguarse es una profesión abreviada de los principales misterios de nuestra sacrosanta Religión, pues que signándonos formamos tres cruces, ó tres veces la señal de la cruz, con lo que confesamos un Dios en tres personas. La cruz que formamos en la frente simboliza al Padre; la que formamos en la boca, al Hijo; y la que en el pecho, al Espíritu Santo. Santiguándonos de-

cimos: En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Cuando decimos *en el nombre*, confesamos que no hay más que un Dios; y cuando decimos: del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, reconocemos que hay tres personas en un solo Dios. Al mismo tiempo formamos una cruz desde la frente á la cintura, del hombro izquierdo al derecho; el bajar la mano de la frente á la cintura simboliza que el Hijo, segunda persona de la Santísima Trinidad, descendió del seno del eterno Padre al de la Santísima Virgen María; y con pasar la mano del hombro izquierdo al derecho, significamos que el misterio de la Encarnación fué obra del Espíritu Santo: júntanse, por fin, las manos, y con esta unión simbolizamos la unión de las dos naturalezas, divina y humana, en una sola persona que es Cristo, Dios y hombre verdadero. Las manos así juntas se arriman al pecho y se adoran, para dar á entender la gran veneración con que son respetados los altos misterios simbolizados con las cruces que hemos formado. Además, la misma cruz significa á Jesucristo, crucificado por nuestro amor.

Es también la manera de signarnos una muy especial oración que hacemos á Dios, con la cual le pedimos nos libre de todos nuestros enemigos, visibles é invisibles, de cuerpo y alma, por la virtud de la santa cruz en que Jesucristo nuestro divino Redentor venció á Satanás.

Exhortamos, por lo tanto, al seminarista que todos los días se signe y santigüe con grande fe y devoción por mañana y noche, y entre día cuando haya de empezar alguna obra, ya sea esta espiritual ya corporal.

También lo practicará cuando se vea molesto de alguna tentación, singularmente contra los pensamientos de impureza: quizá sea este el remedio más eficaz que se conoce contra esa clase de tentaciones, formando las tres cruces en la frente, estando solo, pensando que Dios le ve, y que Dios habla y le pide auxilio en aquella tentación. Dichoso el joven que es fiel y perseverante en practicar

ese eficazísimo remedio, que siempre sale victorioso, y además si se aparta de las ocasiones que le pueden suscitar tales tentaciones.

XI

DE LAS CLASES

AL IR Á LAS CLASES

El seminarista cuando oiga la señal de ir á la clase saldrá de su cuarto, bien enterado de la lección para recitar lo que se le mande, y dispuesto á dar la razón de lo que se le pida; andará muy recogido, pensando y rumiando sobre la materia del día.

AL TIEMPO DE ESTAR EN LA CLASE

El seminarista guardará en la clase ó aula, silencio, recogimiento y atención; imagine cómo estaría Jesús en el templo con los sabios y doctores de la ley, cómo los oía y escuchaba, cómo les respondía siempre que le preguntaban; lo propio ha de hacer el seminarista en el aula: escuchar á los profesores con la mayor atención, y responder á todas las preguntas que le hagan.

AL SALIR DE CLASE

Luego que el seminarista salga de la clase se recogerá en su cuarto, y notará brevemente si alguna cosa es digna de ser notada sobre la explicación que ha dado el catedrático, y concluirá con el siguiente

EXAMEN

- 1.º ¿He rezado con devoción la oración *Jesu, etc.*, antes del estudio?
- 2.º ¿He estudiado todo lo que se había señalado?
- 3.º ¿He perdido algún rato de tiempo?

4.º ¿He purificado la intención á lo menos siempre que el reloj ha dado la hora?

5.º ¿He hecho algunas jaculatorias de vez en cuando durante el estudio?

6.º Al ir á la clase ¿he guardado silencio y recogimiento?

7.º En la clase ¿he faltado en algo?

8.º Al salir de la clase ¿he procurado recogerme y apuntar lo más notable sobre la lección?

DE LA COMIDA

XII

AL IR AL REFECTORIO

Al dar las doce y cuarto, ó al tocar la campana, el seminarista con sosiego y modestia irá al refectorio, se juntará á la comunidad, guardando silencio, se pondrá con los demás delante de la mesa, é interiormente dirá: Señor, venimos aquí, no movidos de la gula sino traídos por la obediencia; Vos nos habéis llamado y nos habéis dicho: *Venite, prandete* (1).

XIII

BENDICIÓN DE LA MESA

La bendición de la mesa es ceremonia eclesiástica decretada por Nicolao V.

Estando todos en el refectorio vueltos unos á otros, dice en voz alta el sacerdote que ha de bendecir:

Benedicite. Y los otros repiten: Benedicite.

El sacerdote dice: ̄. Oculi omnium, y los demás continúan: In te sperant, Domine, et tu das escam illorum in tempore opportuno. Aperis tu manum tuam, et imple omne animal benedictione; y el Gloria Patri, con el Sicut erat, como si fuera

(1) Joan. XXI, 12.

un solo verso; y aun juntos todos dicen: Kyrie eleison, Christe eleison, Kyrie eleison. *El sacerdote dice:* Paternoster... secreto. *Y.* Et ne nos inducas in tentationem.

℟. Sed libera nos a malo.

Después el sacerdote dice: Oremus. Benedic, Domine, nos, et haec tua dona, quae de tua largitate sumus sumpturi. Per Christum Dominum nostrum.

Cuando el sacerdote dice: Benedic, Domine, nos, se santigua, y cuando dice: et haec tua dona, hecha la bendición á la mesa, y todos responden, Amen.

El lector puesto en el púlpito, profundamente inclinado, pide la bendición diciendo: Jube, domine, benedicere. *Y el sacerdote dice:* Mensae coelestis participes faciat nos Rex aeternae gloriae, y todos responden: Amen.

Acabada la bendición, entran todos en la mesa, y se sientan en los lugares correspondientes, y cuando están todos sentados el lector empieza su lectura. Si leyera la santa Biblia, empezará diciendo: *Caput N.*, y si está empezando, dice: *Ex capite N.*, v. g., *libri Genesis*, ó de aquel que fuere leyendo. Lo mismo hará en otra cualquiera lección, leyendo el título de lo que es, si es vida de Santo, dirá: *Comienza la historia de la vida de,* etc.; y si estuviera ya empezada, dirá: *Síguese la historia de la vida de,* etc. Si el corrector le enmendare, volverá á leer la cláusula. Cuando el presidente hace la señal al fin de la comida el lector, puesto en pie, dice: *Tu autem, Domine, miserere nobis*, y responden todos: *Deo gratias*. Se levantan todos de la mesa, y el lector baja del púlpito (1).

(1) La lectura de la mesa será de la materia que disponga el prelado ó rector. Quisierámas que fuese de esta manera: que empezase siempre, mediodía y noche, por un capítulo del Nuevo Testamento en castellano: luego Rodríguez al mediodía, y por la noche vidas de Santos, menos el viernes, que será de la pasión de Jesucristo, por el P. Granada, ó Ventura Ráulica, ó otro autor; el sábado, que será de María santísima, por uno de tantos autores que han escrito de esta materia, el domingo la Colección de pláticas dominicales por Nos escrita al Seminarista, ó la presente obra, ó alguna plática según disponga el rector, á fin de ensayar en la predicación.

XIV

DE LOS QUE SIRVEN Á LA MESA

Los que tienen la dicha de servir á la mesa han de pensar que Dios les hace participantes del alto honor que tuvieron los Ángeles que sirvieron la comida á Jesucristo en el desierto, después de su ayuno, y así les procurarán imitar en la reverencia y devoción, pensando que en sus hermanos sirven al mismo Señor. Se pondrán prontamente los delantales para no mancharse, y luego tomarán los portadores. No cargarán demasiado con peligro de romper los platos. Sacarán la comida sin tardanza ni tropel, sino con toda moderación. Al tiempo de servir, y especialmente cuando se entra y sale del refectorio, purificarán la intención, guardarán silencio y modestia, harán jaculatorias, repetirán actos de humildad, teniendo por indignos de servir á sus hermanos; también harán actos de caridad sirviéndoles muy de corazón.

XV

DE LOS QUE ESTÁN SENTADOS Á LA MESA

El seminarista después de sentado en la mesa ha de escuchar con atención y devoción la lectura, á fin de que se nutra el alma mientras que se alimenta el cuerpo. Además, mientras come considere como que ve á Cristo nuestro Señor comer con sus Apóstoles, cómo mira y cómo habla; y procure imitarle, de manera que la principal parte del entendimiento se ocupe en la consideración de Nuestro Señor, y la menor en la sustancia corporal. El modo de practicar este consejo es hacerse cuenta que nos mira el buen Jesús, y nos habla por medio de la lectura del refectorio y también por medio de aquellas palabras que refiere San Juan, que siempre que estemos en la mesa hemos de tener muy presentes. Díceles Jesús: *Venid, comed; y ninguno*

de los que estaban comiendo osaba preguntarle: *¿Quién eres tú? sabiendo bien que era el Señor. Acércase, pues, Jesús, y toma el pan y se lo distribuyen, y lo mismo hace del pez (1).* Pensemos, pues, que el pan que comemos Jesús nos lo da. La ración con que nos sustentamos, de mano de Jesús viene. Por cierto que es gran consuelo sustentarse á cuenta de Jesús. Este pensamiento hace más sabrosa la comida al buen seminarista, que todos los manjares regalados de las mesas del mundo.

El seminarista mientras tanto que está en la mesa ejercitará la mortificación, absteniéndose de alguna cosa que más le gusta con el permiso del director; algunas veces no echar sal, pimienta, vinagre, aceite, estando muy lejos de quejarse de que esté mal compuesta la comida; y para eso acordarse de la hiel y vinagre del buen Jesús. Y después de la comida nunca jamás hablar de lo que se ha servido en la mesa. La vista también tendrá mortificada, no dejándola divagar por el refectorio, ni fijarla jamás sobre algún particular (2). Si al que tiene al lado le falta alguna cosa, hará señal al que sirve á la mesa para que se le dé lo que le falta, y así éste ejercitará la caridad y aquél la mortificación, callando y disimulando el descuido.

GRACIAS

Concluida la comida el presidente hace la señal, y el lector para su lectura, y puesto en pie dice: *Tu autem, Domine, miserere nobis. Y todos responden: Deo gratias.*

Saldrán todos de la mesa y se pondrán frente unos á otros; luego empieza el presidente:

- Y. Confiteantur tibi, Domine, omnia opera tua.
- R. Et sancti tui benedicant tibi.
- Y. Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto.
- R. Sicut erat in principio, et nunc, et semper, et in saecula saeculorum. Amen.

(1) Joan. XXI, 12, 13.

(2) Cuando en otro lugar hablaremos de las reglas de urbanidad, nos ocuparemos de la manera que el seminarista se debe portar en la mesa.

El presidente dice: Agimus tibi gratias, omnipotens Deus pro univ[er]sis beneficiis tuis. Qui vivis et regnas in saecula saeculorum.

R. Amen (1).

Laudate Dominum omnes gentes: laudate eum omnes populi.

Quoniam confirmata est super nos misericordia ejus: et veritas Domini manet in aeternum.

Gloria Patri... Sicut erat...

Kyrie eleison, Christe eleison, Kyrie eleison.

dice el presidente: Pater noster....

Y. Et ne nos inducas in tentationem.

R. Sed libera nos a malo.

Y. Dispersit, dedit pauperibus.

R. Justitia ejus manet in saeculum saeculi.

Y. Benedicam Dominum in omni tempore.

R. Semper laus ejus in ore meo.

Y. In Domino laudabitur anima mea.

R. Audiant mansueti, et laetentur.

Y. Magnificate Dominum mecum.

R. Et exultemus nomen ejus in idipsum.

Y. Sit nomen Domini benedictum.

R. Ex hoc nunc, et usque in saeculum.

Y. Retribuere dignare, Domine, omnibus nobis bona

facientibus propter nomen tuum vitam aeternam.

R. Amen.

Y. Benedicamus Domino.

R. Deo gratias.

Y. Fidelium animae per misericordiam Dei requiescant in pace.

R. Amen.

Pater noster... Deus det nobis suam pacem.

R. Amen.

Nota. Concluida la comida y acción de gracias, si es fá-

(1) El *Miserere* se reza en lugar del *Laudate*, si la comunidad va al coro ó á la Iglesia.

cil se pasa al coro ó á la iglesia, y se hará la estación menor al Santísimo Sacramento, que es de tres Padre nuestros, Ave María y Gloria, y oración del Sacramento. Y también se reza la Salve del tiempo á María Santísima, y luego se pasará á la recreación.

OTRAS BENDICIONES, SEGÚN EL TIEMPO

Para una y otra comida.

Desde la Natividad del Señor hasta la cena de la vigilia de la Epifanía exclusiva, se dirá:

- Ÿ. Benedicite.
- R. Benedicite.
- Ÿ. Verbum caro factum est, alleluia.
- R. Et habitavit in nobis, alleluia.

Lo demás como en la pág. 769.

GRACIAS

- Ÿ. Notum fecit Dominus, alleluia.
- R. Salutare suum, alleluia.
- Gloria Patri, etc.

EN LA EPIFANÍA DEL SEÑOR Y EN SU OCTAVA

- Ÿ. Benedicite.
- R. Benedicite.
- Ÿ. Reges Tharsis, et insulae munera offerent, alleluia.
- R. Reges Arabum, et Saba, dona adducent, alleluia.
- Gloria Patri, etc.

GRACIAS

- Ÿ. Omnes de Saba venient, alleluia.
- R. Aurum, et thus deferentes, alleluia.
- Gloria Patri, etc.
- Psalm.* Deus, iudicium tuum Regi da, etc.

PARA LA FERIA Y DE LA SEMANA MAYOR

Ÿ. Christus factus est pro nobis obediens usque ad mortem.
Pater noster...

No se dice nada más ni se bendice.

GRACIAS

Ÿ. Christus factus est pro nobis obediens usque ad mortem.

Psalm. Misere mei, Deus. *Sin Gloria.* Pater noster...
Respice, quaesumus, Domine, super hanc familiam tuam, pro qua Dominus noster Jesus Christus non dubitavit manibus tradi nocentium, et crucis subire tormentum, *No se dirá* qui tecum, etc., *ni* fidelium animae... *solo* Pater noster...

En el Viernes Santo será lo mismo; sólo se añadirá: *mortem autem crucis.*

SÁBADO SANTO

- Ÿ.—Benedicite.
- R. Benedicite.
- Ÿ. Vespere autem sabbati, quae lucescit in prima sabbati, alleluia.
- R. Venit Maria Magdalene et altera Maria videre sepulchrum, alleluia.
- Gloria. etc.

GRACIAS

Vespere autem sabbati, quae lusciscit in prima sabbati, venit Maria Magdalene, et altera Maria videre sepulchrum, alleluia. Gloria Patri...
Laudate Dominum, etc. *Kyrie...* Pater noster....

EN LA PASCUA Y SU OCTAVA

- Ÿ. Benedicite.

R. Benedicite.
 y. Haec dies, quam fecit Dominus, alleluia.
 R. Exultemus, et laetemur in ea, alleluia.
 Gloria Patri... etc.

GRACIAS

Haec dies, etc. Psalm. Confitemini.....

DE LA ASCENSIÓN HASTA LA VIGILIA DE PENTECOSTÉS

y. Benedicite.
 R. Benedicite,
 y. Ascendit Deus in jubilatione, alleluia.
 R. Et Dominus in voce tubae, alleluia.
 Gloria Patri..... etc.

GRACIAS

y. Ascendens Christus in altum, alleluia.
 R. Captivam duxit captivitatem, alleluia.
 Gloria Patri... etc.
Psalm. Omnes gentes plaudite.

EN PENTECOSTÉS Y SU OCTAVA

y. Benedicite.
 R. Benedicite.
 y. Spiritus Domini replevit orbem terrarum, alleluia.
 R. Et hoc, quod continet omnia, scientiam habet vocis, alleluia.
 Gloria Patri... etc.

GRACIAS

y. Repleti sunt omnes Spiritu Sancto, alleluia.
 R. Et cooperunt loqui, alleluia.
 Gloria Patri... etc.
Psalm. Magnus Dominus, et laudabilis.
Nota. Esta bendición y gracias tienen obligación de

rezar los religiosos y los clérigos que se juntan para comer, aunque no sea en comunidad. Mas cuando un clérigo se halla solo, y quizá comiendo entre seglares, también lo dirá, más ó menos breve, pues que además de imitar así á Jesús, es de mucha edificación.

BENDICIÓN DE LA MESA PARA LA CENA Y DÍAS DE AYUNO

y. Benedicite.
 R. Benedicite, y todos continúan diciendo: Edent pauperes, et saturabuntur; et laudabunt Dominum, qui requirunt eum: vivent corda eorum in saeculum saeculi, Gloria Patri.... Kyrie eleison, Christe eleison, Kyrie eleison.
 Pater noster....
 y. Et ne nos inducas in tentationem.
 R. Sed libera nos a malo.

OREMUS

Benedic, Domine, nos, et haec tua dona, quae de tua largitate sumus sumpturi: per Christum Dominum nostrum.
 R. Amen.
 y. Jube, domne, benedicere.
El sacerdote dice: Ad caenam vitae aeternae perducatur nos Rex aeternae gloriae
 R. Amen.

GRACIAS

y. Memoriam fecit mirabilium suorum misericors et miserator Dominus, escam dedit timentibus se: Gloria Patri.....
El sacerdote dice: Benedictus in donis tuis, et sanctus in omnibus operibus tuis; qui vivit et regnat in saecula saeculorum.
 R. Amen.
 Laudate Dominum, omnes..... *todo lo demás como las gracias de la comida.*

BENDICIÓN PARA LA COLACIÓN

Para la colación no tiene la Iglesia fórmula señalada, y de aquí proviene la diversidad que vemos en la práctica; nos podremos valer de la siguiente.

Ÿ. Benedicite.

Rñ. Benedicite.

Ÿ. Nos, et en quae sumus sumpturi, benedicat dextera Christi.

R. Amen.

GRACIAS

Ÿ. Agimus tibi gratias, omnipotens Deus, pro universis beneficiis tuis, qui vivis et regnas in saecula saeculorum.
R. Amen.

Ÿ. Beata viscera Mariae Virginis, quae portaverunt aeterni Patris Filium.

Rñ. Et beata ubera, quae lactaverunt Christum Dominum.

Ÿ. Et fidelium animae per misericordiam Dei requiescant in pace.

Rñ. Amen.

ARTÍCULO XII

DE LA RECREACIÓN DEL SEMINARISTA SEGÚN EL V. CLARET

I

DE LA NECESIDAD DE LA RECREACIÓN

Para que se vea más clara la necesidad de la recreación que hemos señalado en el reglamento, debemos decir que el hombre es un compuesto de alma y cuerpo, y que ambas cosas se deben atender y ninguna de ellas descuidar; al alma se le atiende por medio de la instrucción, y al cuerpo

por medio del ejercicio; y ambas á dos se desarrollan perfectamente por medio de la educación. El hombre que sólo cuida de instruirse y no ejercita su cuerpo, se vuelve tísico y se muere. El que no más piensa que en comer y ejercitar su cuerpo, sin aplicarse al estudio ó á la instrucción, se vuelve bruto, y es peor que un irracional, dice Platón. Así es que estas cosas se han de llevar de frente y todos los días: y como se ve marcado en la distribución del tiempo, hemos señalado tres cuartos de hora de recreación después de haber comido, media hora después de haber cenado, y hora y media (ó una hora según el tiempo) de descanso después de las clases de la tarde, y mediodía cada jueves.

Esta distribución y alternativa ha sido muy premeditada y consultada con la experiencia que tenemos con hombres sabios á quienes hemos hablado, y además al consignarla en el reglamento hemos tenido á la vista los mejores reglamentos de seminarios y colegios. Hemos estudiado detenidamente á San Carlos Borromeo, á san Ligorio y otros santos Prelados que tratan de seminarios. Hemos mirado con mucha reflexión, y hemos escogido lo mejor que hemos hallado á nuestro propósito en los reglamentos de establecimientos de instrucción y educación en el extranjero, v. g., del Keens College de Inglaterra, del Realgymnasium de Federico de Prusia y del College municipal Chaptal de Francia.

Conviene sobremanera que el seminarista conozca la naturaleza humana, que es un joven, y qué puede y debe ser con el tiempo. Se lo diremos con toda claridad posible. Su inteligencia se halla como dormida, continúa dormida si no se la despierta por medio de la instrucción; y su cuerpo se entorpece y enerva, si no se le activa por medio del ejercicio. El hombre está dotado de actividad y receptibilidad, fuentes de su desarrollo, que, por lo mismo, en parte es espontáneo, y en parte comunicado por los que le deben instruir y educar. Y sepan bien que todo desarrollo